

ÍNDICE

Introducción.....	9
La posibilidad.....	9
A mis posibilidades.....	9
Tocamos el cielo con la punta de los dedos	
1. La primera página.....	13
2. El Espíritu y el Alma	21
Carta de Aarón, el niño que no llegó a nacer	21
3. Otras dimensiones.....	29
Carta de Melquisedek	33
4. Desde el inicio, la primera posibilidad	37
Carta de Nacho	43
Un retazo de la carta de Adrià	44
5. La reencarnación.....	47
Carta a un amigo en el no-tiempo.....	56
6. Nuestra trampa.....	59
Carta de Carmen a Juan, de una luciérnaga a un cama- león	66
7. Sin despedida.....	71
Sergio, Mikel, Mariona.....	77
Carta de Sergio a sus padres.....	77
Carta de Mikel a su madre	80
Carta de Mariona a su novio	82
8. El suicidio. El secreto de la vida.....	85
Carta de Ceferino a su hijo	89
Carta de Joel desde el vacío.....	91
9. La Nada.....	95
Retazos: Cartas para la humanidad.....	99

Javier.....	99
Eliana	99
Anabel.....	100
10. Sanación.....	103

Bajamos a los infiernos

11. ¿Despertamos o soñamos?	109
Carta de Carmen a Sara	112
12. La elección	117
Carta de Lluís a Carmen.....	120
13. Las lecciones, los mensajes	123
Carta de Aleix a su hermano Ricardo.....	129
14. El alma y el sufrimiento.....	133
Carta de Fernando a Diana.....	135
15. La coherencia y las dudas	139
Carta de Betty a Sam	143
16. Tanto odio y rencor ¿para qué?.....	145
Carta de Javier a Licia	146
Carta de Licia a Javier	150
17. Lluvia de estrellas.....	155
Epílogo	157

INTRODUCCIÓN

La posibilidad

¿Y si por un momento este libro y mis locuras fueran la posibilidad que tú necesitas para despertar?

¿Y si ya buscaras la posibilidad para abrir la puerta al infinito?

¿Y si fuera todo así... de simple, de fácil o de auténtico y de hermoso? ¿Y si existiera esa maravillosa posibilidad?

¿Y si yo, amor, amante, amigo, hermano, padre, madre, hijo... recogiera esa posibilidad entrañable de veros de nuevo después de tantos años de ausencia?

¿Y si ese desconcierto se vaciara y llenara mi corazón con la posibilidad del equilibrio y el Amor?

Nunca sabrás nada si no acoges con ternura las palabras que te escribo, las acunas en tu seno y las engendras en tu alma. Solo así las harás tuyas y sabrás si tienes posibilidad de descubrir un merecido secreto: el de la Vida (vida, con mayúsculas).

Así pues, amigo, amiga, lectores, lectoras, pregúntate ya desde esta página

¿Y si fuera todo esto... verdad?

A mis "posibilidades"

En especial para Felipe Egoavil Mieses,
Rody y Fernando
Peruanos de nacimiento y hermanos en el Imperio Inca

Este libro repite como un eco esta palabra: posibilidad... posibilidades...

Que nadie piense que es una redundancia. Esa palabra es la clave de cada página y cumple un objetivo que definimos como: abrir, acoger, abrazar, nacer, preguntar...

Nuestra vida, con todos sus acontecimientos, se compone de dos únicos momentos: cuando tocamos el cielo con la punta de los dedos porque gozamos y el alma se comunica con el Hacedor y cuando bajamos a los infiernos porque el dolor nos aflige precisamente por tener un corazón humano. Este libro recoge en sus dos partes ambos momentos y todo lo que supone cada uno de ellos, relacionándonos con otros seres espirituales u otras personas que también disfrutaran de los destellos de la trascendencia pero que también a veces derraman lágrimas con desesperación. Para enfocar nuestros anhelos, encontrar paz y sentido a la vida siempre debemos mirar hacia lo más alto.

Necesitamos abrir el balcón de par en par y que entre aire nuevo.

Sacudir las viejas alfombras de nuestra memoria celular para que se caigan las polillas que nos impiden lucir el esplendor de lo que somos en potencia.

Sacar a la luz las reliquias y quemarlas porque son recuerdos que nos atan, nos aprisionan o nos entretienen.

Despedirnos de lo que fuimos e incluso de lo que somos. Decir "adiós... hasta aquí me has acompañado...".

Llegan vientos del Norte, se acercan otros Hermanos.

La Estrella del Sur marca un nuevo itinerario a través de la consciencia.

Descorramos las cortinas para que entre el Sol y pueda darnos los buenos días y solo así estaremos dispuestos a ser libres y conseguiremos que el alma regrese a casa y...

Sea LUZ.

TOCAMOS EL CIELO
CON LA PUNTA DE LOS DEDOS

Mientras vivimos en la Tierra, nuestra Iluminación
son pequeños destellos de luz en la oscuridad

1

LA PRIMERA PÁGINA

No hay primera página en el álbum de la vida si no escribimos otras a continuación...

Esta primera página es un deseo, pero también una respuesta a todas las personas que después de leer mi libro *El laberinto de las luciérnagas* se han quedado con más preguntas sobre dos temas cruciales en nuestra evolución: el de la vida y el de la muerte.

Uno no puede existir sin el otro, van juntos de la mano porque en las leyes del Universo cualquier presencia siempre se manifiesta gracias a su opuesto.

Hermes Trismegisto también nos lo recuerda en su libro *El Kybalión* según el principio de la polaridad con estas palabras:

“Todo es doble; todo tiene dos polos opuestos: los semejantes y los antagónicos son lo mismo: los opuestos son idénticos en naturaleza pero diferentes en grado; los extremos se tocan: todas las verdades son semiverdades: todas las paradojas pueden reconciliarse.”

El principio que siempre tengo en cuenta a la hora de escribir es el de la honestidad.

Quizás creas que no utilizo el término correcto o no sea la deducción más acertada pero he recopilado la información que nos han dado muchísimos seres que franquearon esa frontera entre el mundo tangible y el sutil y que por voluntad propia o por petición de alguna persona querida compartieron con nosotros su proceso de muerte y resurrección.

Llamo resurrección al preciso punto del proceso de evolución de muerte a la vida humana, cuando ya despojados de cuerpo mente y corazón (entiéndase sentimi-

entos humanos) nuestra alma se recoge, se recluye y se va al encuentro con el espíritu, y se funde en él. Se une “amada con amado” y son otra vez uno dentro del Todo.

He copiado para vosotros, lectores y lectoras, algunas cartas que transcribí como mensajera. En estos casos yo siempre digo que solo soy un vínculo, un puente, una humilde herramienta que enlaza dos vibraciones: una más fina, elevada, más sutil y otra más densa y más física.

Copié en estos casos lo que él/ella o ellos (si eran un grupo) me dictaban, pero utilicé mis palabras porque los que se marcharon o los seres que habitan en otros mundos utilizan otro sistema de comunicación. No hay idiomas ni palabras, sino una especie de telepatía que implica al emisor y al receptor e incluso se abre un portal de clarividencia en el que el receptor recibe una información intrínseca, una orientación a veces traducida en imágenes que facilitan la evolución de los que estamos implicados: emisario, receptor, persona presente o bien persona a quien va destinado el mensaje. Se percibe en la realidad física una vibración especial, una paz, una ternura y un sosiego que van más allá de lo que nosotros llamaríamos bienestar.

“Pedid y se os dará.” Recogiendo estas palabras, siempre hay la ayuda y orientación necesarias para quien desea el progreso y la evolución.

Ya no podemos mirar atrás, por lo tanto os aconsejo que quien no haya leído mi primer libro no empiece el segundo. En este debemos profundizar más, entrar hasta las raíces de nuestro origen para descubrir cada uno verdaderamente quién es y cuál es su objetivo en esta vida.

Un ser humano nace y con él llega la vida. Esta se nos muestra con un grito, que todos acogemos como símbolo, de su fortaleza y de su presencia: “Estoy aquí, ya he venido...” nos dice el bebé mientras manifiesta su Yo Soy en plenitud. Y nosotros, muy ignorantes todavía, nos embobamos con sus manitas, su piel, su parecido con... y omitimos su cualidad de esencia espiritual a la que en realidad deberíamos reverenciar por la gracia de habernos

elegido como padres, abuelos... O simplemente por escoger el mismo destino que el nuestro: el planeta Tierra. Así le acoge la Pacha mama, la Madre, la Divinidad hecha materia, manifestada en multitud de formas visibles que acompañarán a ese recién nacido a lo largo de su camino.

Le bendecirán, tanto el amor como la ternura, la leche... los ríos, los árboles, los animales, la lluvia, el Sol, las estrellas, la niebla, los caminos, los obstáculos, la lucha, el triunfo... porque todos, indudablemente todos, contribuiremos a su evolución en este camino por la Tierra.

Omitimos dar las gracias al recién llegado, le llenamos de regalos materiales y como mucho un poeta o poetisa romántica y despistada le escribe tres estrofas de una cuarteta que serán las únicas letras entre miles de instantáneas fotográficas en todas las posturas posibles del bebé.

Durante su infancia dejamos en sus manos nuestros regalos procurando que sean motivo de agradecimiento con la misma vida. Con amor paternal depositamos en su corazón la magia del fuego, la apariencia cambiante de la luna, la agilidad traviesa de la ardilla y el rumor del mar. No es tarea fácil si además se tiene en cuenta que la misma sociedad intentará a lo largo de su camino substituir cada uno de esos primeros regalos por algo más técnico, más práctico, más útil, incluso más caro... pero aquellos obsequios, los primeros, fueron semilla, chispa... una salpicadura de gracia y seguramente germinaron en su corazón.

La vida explota por todos los sentidos y el alma se escapa como puede, como un amante furtivo deseando dar muestras de su existencia, pero pobrecilla, el bebé olvidó como presentarla y... solo sabe abrir las ventanas de sus ojos para que ella aflore con todo su esplendor. El alma aprovecha la ocasión y cuando sus ojillos miran... el alma sonríe a través de ellos y eso nos enternece, nos ilumina el corazón, nos llena de paz y de gozo.

Esa es la primera manifestación del alma que no quiso quedarse en su madriguera cómoda y blandita y apostó por una nueva experiencia en un planeta, que a

veces puede incluso parecer inhóspito, rodeada de humanos que mantenemos una lucha a muerte con el ego.

La vida es mucho más que la apariencia, que la llegada, que el nombre que le pondremos al bebé... y sin embargo hemos necesitado años y años, lectura tras lectura, experiencias (casi todas ellas de desconcierto y dolor) para saber comprenderla y aceptarla como el centro de nuestra actividad en esta etapa, que puede parecer temporal pero solo tiene inicio —fecha de nacimiento— y final (fecha de la muerte) en apariencia.

La eternidad, esa continuidad permanente e immanente, que es el enigma más sutil de nuestra propia esencia (precisamente porque la sentimos como un misterio que nos atrae), nos inquieta, nos incita a la pregunta y a la búsqueda de las respuestas y de la identidad.

Olvidamos, porque al nacer, traspasamos una densidad a la que la esencia no está acostumbrada y por ello no somos todavía capaces de ejercer mecanismos para retener o expresar con palabras lo que llevamos inmerso en nuestro código genético y en nuestra propia vibración energética. El reflejo tan cálido, tan etéreo, tan espiritual del mundo que abandonamos al conectar con nuestro cuerpecillo humano —repetimos una vez más— se asoma a los ojos y brilla e ilumina... ¿A quién no emociona un bebé? ¿Y por qué nos emociona?

Nunca quizás habíamos pensado en esa posibilidad de la primera manifestación del alma, pero eso se debe a que solemos mirar solo una ínfima porción de cualquier existencia o presencia.

Limitamos nuestros ojos a la visión más cercana o más global. Y la reducimos a una mera actividad sensorial.

Me explicaba un gran amigo muy querido que cuando él era un niño, su padre solía someterle a un ejercicio diario de observación. Un día le entregó la hoja de un árbol y le pidió que nombrara cada detalle que pudiera percibir. Él, mi amigo, así lo hizo y al terminar su descripción su padre, como siempre, le dijo: "Bien... pero ¿y qué más?"

Mi amigo tomó de nuevo la hoja entre sus manos y se esforzó en distinguir más y más detalles para comentarlos luego a su padre, pero su progenitor recibía su retahíla en silencio y de nuevo añadía: "Bien... pero ¿y qué más?"

Sus observaciones siempre parecían insuficientes. Así fue como gracias a este constante ejercicio, mi amigo aprendió a traspasar la realidad física. Había algo más en la sustancia de aquella hoja de eucaliptus, en su sabia, en su color, en su forma, en su manifiesta espiritualidad... La hojita verde no era tan verde ni tan nervuda ni tan húmeda como había descrito al principio, la hojita terminaba adquiriendo su categoría más sagrada: la de su espiritual esencia, la misma que la de mi amigo, que la mía, la tuya, la de todos...

Descubierta esta fraternal simbiosis llega el momento de bendecir.

"Te bendigo, hermano Sol, con amor."

Un día, ante una visita prevista al Machu Picchu reclamé humildemente al Gran Astro del Cielo su favor para contar con su presencia durante toda la jornada. Le dije precisamente estas palabras:

"Te bendigo, hermano Sol, con amor."

El Sol guiñó un ojo, salió de detrás de las nubes y me sonrió hasta el final de nuestra visita.

Cuando la excursión terminaba le vi esconderse de nuevo y le entendí: "¿Me das el permiso?", me dijo el Gran Sol y yo le respondí: "Sí, puedes retirarte, ahora ya terminamos. Gracias y te bendigo, hermano Sol, por tu compañía."

El alma del hermano Sol, su alma y la mía, la de mis amigos, la de la gente de la Tierra que visitábamos... Nuestra comunión bajo la forma de vida, la que elegimos tener para evolucionar.

Este es el primer ejercicio, la primera lección que debemos tener siempre presente:

Nunca te canses, nunca te sientas satisfecho con lo que otros te dicen. Agradece a todo y a todos (sea quien sea: persona, o no) aquello que llega, aunque te cause dolor, frustración... rabia, desencanto...

Da las gracias porque es la manera, la prioritaria, de empezar a considerar la vida desde otra perspectiva.

Y siguen otras lecciones: la de las preguntas ¿y qué más? ¿Por qué? ¿Por qué ahora?... la de la aceptación, la de la ignorancia, las del ego... pero todo va y viene, como el flujo y reflujo de las aguas del mar, nada permanece por largo tiempo, nadie dura eternamente: ni el gozo ni el sufrimiento porque todo es un ciclo que se abre y luego se cierra y se abre otro nuevo... con la intención de poder saborearlo todo o experimentar al menos lo más básico de la que nosotros llamamos vida humana.

Muchas veces mientras amanece en la montaña y la neblina cubre el cielo en las primeras luces del alba, miro la tímida luz del sol que se estrella en los cristales, pienso en los hombres y mujeres que se debaten a estas horas entre las sombras de la vida, de la lucha, de la muerte o el deseo y quizás también, ¿por qué no?, de la impotencia.

Amigo, hermano, toqué el cielo con la punta de los dedos. He conseguido quizás más de lo que otros han logrado: hoy por hoy tengo una experiencia que me permite dar respuesta a ciertos enigmas o preguntas humanas pero no por ello mis batallas dejan de ser infatigables. A veces domino a mi impaciencia, la someto, la venzo y en otras ocasiones ella me devora. Necesito que tú, lector, lo sepas para que veas que el barro con el que el Padre nos moldeó es el mismo para todos.

En algunos momentos me acechan las dudas y sin embargo a continuación puedo ser capaz de defender a capa y espada ciertas ideas o afirmaciones que a la mayoría les parecen ilógicas y se escapan de sus patrones o educación recibida.

Sabes bien que no estoy exenta de pecado (léase duda, desánimo, pesadumbre, soledad, ofuscación...) y como cualquiera voy y vengo con cierto ritmo sin seguir otro compás que el que marca mi propio corazón y que responde a este Código de Honor Cósmico que nos incluye a todos y a todo.

Hice ya un trecho del camino y después de detenerme varias veces y reanudar otra vez el viaje llegué a entender el sentido del amor universal, de ese amor que no me permite pasar de largo ante el dolor ajeno. No del evidente (pues ese ya está ahí delante de mis ojos), sino del oculto, del que se siente a distancia y se manifiesta solo ante quien así lo desea.

No puedo decir no a ninguna sugerencia, no puedo pasar por alto una tristeza, un dolor, una necesidad. Los huelo, los noto, los siento, los percibo, los intuyo y ¡cómo no! los vivo y los comparto.

Es la ventaja de tener una sensibilidad que me permite mostrar un corazón abierto y una misericordia transparente y acogedora. Esta es la gran oportunidad que nos permite precisamente bajar a los infiernos y luego, como yo digo, tocar el cielo aunque solo sea con la punta de los dedos.

Somos terriblemente afortunados por poder sentir al otro, al que está ahí en el mismo camino, en la vida, en la muerte, en la inconsciencia y la incógnita.